

Principal problema : bajo nivel de empleo

● EVOLUCION

El despegue industrial, que comenzó muy lentamente en la capital a finales del siglo pasado, empieza a crecer en 1910, fecha en que —sin pasar aún de los cinco mil contribuyentes— inicia un ascenso algo más rápido, que le hace llegar, ya en 1960, a los treinta mil contribuyentes, únicamente tres mil menos que en la actualidad.

Entre 1964 y 1969 la provincia demostró una tendencia creciente, que alcanza su punto máximo en el 69, para descender al año siguiente y volver a mantener su tendencia creciente a partir del 71. Se ha pasado —sólo en la provincia, excluyendo Madrid capital— de los cuatro mil contribuyentes por licencia fiscal, en 1964, a más de los once mil quinientos en 1975. En Madrid capital, el crecimiento ha sido menor en estos diez últimos años: de 26.599 contribuyentes por licencia fiscal en 1964, se ha pasado a los 32.334 en el 75.

En este último año cerca de mil cuatrocientas empresas ampliaron su capacidad productiva, aumentándola en relación con el anterior. Nacieron además mil ciento veintitrés nuevas industrias, con una inversión de casi tres mil millones de pesetas —crecimiento muy similar al del año anterior en el que se abrieron mil ciento noventa y seis industrias con una inversión de unos dos mil millones y medio de pesetas—. Estas nuevas industrias y ampliaciones trajeron consigo un aumento de más de treinta y dos mil puestos de trabajo, prácticamente el doble de los creados a lo largo del año anterior.

Estas inversiones fueron destinadas, en su mayor parte, a maquinaria e instalaciones industriales con notable preferencia de las nacionales sobre las de importación, seguidas de edificación industrial, terrenos y solares.

● PERSPECTIVAS

1975 fue un año muy negativo para la industria madrileña. Está considerado como el peor de los últimos veinte años. Fuerte descenso en el nivel de la actividad productiva, importante aumento en el grado de infrautilización de la capacidad productiva, tendencia a aumentar el nivel de los stocks, aumento del nivel de desempleo, bajo nivel de la cartera de pedidos, descenso de la inversión y resultados desfavorables en cuanto a beneficios comparados con el año anterior, fueron las características más importantes de la desfavorable evolución de la industria de Madrid a lo largo de 1975. Los sectores más afectados fueron el de materiales de construcción, cerámica y vidrio, y el de la industria metalúrgica. La importancia relativa de la industria de la provincia, cuya estructura difiere bastante de la del resto del país, ha influido, con todo, en el comportamiento de la industria española.

A finales de 1975 aparecen por primera vez un conjunto de factores que pueden considerarse favorables: mejora el volumen de ventas, mejora la cartera de pedidos, se registra una pequeña mejoría también en el personal empleado, desciende el nivel de stocks, se mantiene el volumen de producción y mejoran las perspectivas para la ampliación de la capacidad productiva.

Con 1976 se inicia la recuperación, si bien muy lentamente. Pese a todo las perspectivas siguen siendo inciertas y sin atisbos de una posible reactivación. Las empresas en conjunto siguen considerando su nivel de empleo actual como inferior al del mismo período antes del 75. No se espera una mejoría de la inversión para ampliar la capacidad productiva, cuyo grado de utilización no llega en la provincia al 80 por 100 de la

capacidad total, salvo en dos sectores: el de confección textil y de la piel y el químico. Existen otros factores que tampoco favorecen la inversión, tales como la debilidad en la demanda, el aumento de la presión inflacionista, las dificultades de tesorería, que se unen a otras causas no estrictamente económicas. Las carteras de pedidos en líneas generales siguen siendo débiles y muy inferiores a las normales.

Las perspectivas para estos primeros meses de 1977 no han mejorado en relación con anteriores informes. Durante el primer bimestre del presente año el grupo de empresas de bienes de consumo están registrando un comportamiento más favorable que el de empresas de bienes intermedios y de inversión. Por su parte en el sector de industrias fabriles diversas se ha vuelto a producir un empeoramiento en el volumen de producción, mientras que mejora ligeramente el volumen de ventas. Se espera un nuevo retroceso en las inversiones, y los empresarios, según encuestas realizadas bimensualmente por la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, son pesimistas respecto al nivel de desempleo en el presente año, sobre todo en el sector de las industrias relacionadas con la construcción.

IZAGA USALLAN

(Los datos para la realización de este informe han sido obtenidos de diversos estudios confeccionados por la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, el Servicio de Estadística del Ministerio de Industria, y el Boletín de Documentación editado por la Delegación Provincial de Sindicatos.)

TEMA
IMPACTO



**8.000 KILOMETROS
CUADRADOS,
SUPERFICIE
DE LA PROVINCIA
De ellos, 265.974 Ha.
son de secano,
y 29.880, de regadío**

MADRID, monstruo tentacular, meta de miles de esperanzas y desencantos, la de los paseos cuya tranquilidad ha sido tronchada por el vértigo de una civilización frenética, que apabulla, despersonaliza y anonada; Madrid, dulce Madrid romántico de farolas viejas, calles estrechas y entrañables, de sol tibio en el banco de la pequeña plaza a la media tarde y tintorro espeso a la anochecida en el mesón ya casi desahuciado; Madrid, viejo Madrid arrinconado por el relumbrón y la catarsis de cientos de miles de neurosis potenciales, que devoró praderas, secó fuentes, agostó tertulias y ridiculizó el cauce de los ríos a golpe de neumático, cemento y alquitrán; Madrid nuevo, funcional, aséptico y despersonalizado en esos barrios florecientes y verticales, que lo mismo podrían estar ubicados en cualquier rincón del mundo; Madrid provinciano, caliente, humanitario, de las barriadas grises, obreriles, donde se han ido a refugiar los pocos quehaceres casi artesanales que nos quedan, con sus bullentes tabernas y sus aceras carcomidas; Madrid recoleto y sobrio de los cinturones académicos junto a esas islas de verdor, insuficientes ya, como pequeños tuestos contaminados por el viento impuro; Madrid residencial, aristocrático, sin chuzos junto al pomo de las puertas, sin nardos ni gorras de visera, sin oso y sin madroño, donde el cocido es lujo y las corralas se desploman entre olvido; histórico Madrid sembrado de dictáfonos, ejecutivos con chaleco y muchachitas delgadas y eficaces nacidas en Chamberí que agostan un poco cada día su juventud en flor hablando inglés junto a la máquina electrónica y no saben del dedal y de la aguja. Todo este retazo madrileño impresionista que traigo en la retina, envanecido y absorbente, ombligo administrativo y geográfico de España, no es, sin embargo, Madrid entero. Hay también un Madrid liso y arrugado, deshuesado de casas y sembrado de pinares, surcos, matojos, acequias y eriales, con gentes de modestas ambiciones y manos curtidas cuya industria es arañar ese suelo de donde partieron —a donde volverán como los otros— que también se dicen, con humilde propiedad, madrileños. Son los hijos de aquellos hombres de la pana que siguen trabajando la tierra fértil: los campesinos.

Que Madrid, aunque pretendas ignorarlo, también es campo.

Texto: José María MOREIRO
Fotos: R. Leal y Archivo Diputación



BOLSA DE LA CARESTIA

El campo se rebela y el de Madrid no es una excepción, aunque sobre él graviten circunstancias especiales: la cercanía a la capital de España, que será uno de los mayores condicionantes de sus vidas. Hasta veintidós mil tractores han invadido los arcenes de las carreteras de España. ¿Razón? Toda. El propio ministro del ramo, Abril Martorel, así lo ha reconocido:

—La conflictividad agrícola responde a un fondo de frustración, desesperanza, abandono y hasta resentimiento, provocada por una sensación general de que el campo es el sector más desatendido de la sociedad española.

Y precisaba el ministro Martorell:

—Los hombres del campo tienen la impresión de que existen dos varas de medir: una para la agricultura y otra para el resto de los sectores económicos. Yo puedo afirmar que la resultante global no es nada satisfactoria para el sector agrario.

Luego daría a entender que, en el fondo del problema, los campesinos tienen razón. Algún funcionario del departamento llegó más allá: hasta cierto punto era incomprensible que no se hubiera planteado mucho antes, con virulencia, la conflictividad agraria.

Y Luis Gamir, Secretario General Técnico del Ministerio de Agricultura, afirmaría que todo el sistema económico tenía un tremendo sesgo contra el campo español.

—El sistema financiero discrimina

en contra del campo, la educación también y, en general, todos los servicios colectivos sociales son discriminatorios a favor de las zonas urbanas.

¿Cabe caso más ostensible que el de Madrid provincia respecto a la capital? No. El ministro de Agricultura hasta interpretó la salida de los tractores —hoy regresados ya a sus quehaceres habituales por sus dueños— como una importante llamada de atención a la sociedad española, sobre los problemas de nuestra agricultura.

Si Parir agosto vale una misa, el agro hispano merece una atención mayor de la que hasta ahora —al menos en el curso de la última década— se le ha venido dedicando. Si España es hoy una potencia industrial en marcha, el país en planteamientos puramente económicos no ha dejado de ser eminentemente agrario. Y he ahí la contradicción política. Aquellos polvos han traído estos lodos. Incluida la provincia de Madrid, aun cuando esta no participara materialmente en el «affaire» de los tractores alineados sobre el asfalto.

De los ocho mil kilómetros cuadrados con que cuenta la provincia de Madrid, el terreno cultivado alcanza, en secano, 265.974 hectáreas: 29.880 de regadío. La superficie de la capital de España, contados los caminos —que alcanzan más de 2.500 kilómetros entre carreteras estatales y provinciales— entre zonas verdes y zona de alquitrán (área metropolitana) se extiende únicamente por 22.759 hectáreas, que son las que pateamos y llenamos de papeles los sábados de sol en que salimos «al campo» para comer la tortilla de patatas (con hormigas) de rigor. Del resto no

sabemos nada: dónde queda la zona ganadera y forestal, dónde la agrícola y dónde los regadíos que, mire usted por donde, nos abastecen de ese forraje alimentario con el que engañamos nuestra delgadez.

El campo madrileño no es cuestión de tomárselo a broma. Gracias a los agricultores madrileños, los súbditos de su Graciosa Majestad Británica, por ejemplo, disponen de pepinillos, que es una de nuestras grandes producciones en la provincia. Están a la cabeza de España y ello explica que Madrid dedique a las exportaciones, anualmente, millón y medio de kilos. Y gracias a los siete millones y medio de quintales de trigo que el campo madrileño produce, Madrid tiene para alimentarse de pan durante medio año. Otro caso semidesconocido es el de la producción vinatera, que con una graduación superior a los diecisiete grados ayuda a mejorar la graduación de los vinos manchegos. ¡Lástima que Marañón propalase aquello de que el güisqui es «vaso dilatador» y, a pesar de nuestras carteras, nos hayamos dado al escocés! Con los veinticinco millones de arrobas (vinos tintos) que Madrid produce habría para unos millones de «curdas» soportadas digna y sanamente.

Madrid distribuye su territorio de la siguiente forma: pongan ustedes esparrada en medio el área metropolitana, pues en la franja que comprende Buitrago y San Lorenzo de El Escorial tienen la zona ganadera y forestal; desde Torrelaguna hasta casi San Martín de Valdeiglesias, la zona agrícola y ganadera; la agrícola extensiva desde la anterior población hasta el sur de Na-

valcarnero; en torno a Madrid, en esas ciudades dormitorio que incluyen Leganés, Getafe, Alcobendas, Alcalá de Henares y Arganda, las islas de los municipios más industrializados y el regadío en una franja de contorno caprichoso cuyo corazón podría ser la vega de Aranjuez.

TIERRAS ABANDONADAS

En cuanto a eriales, habría que hablar con más propiedad de tierras abandonadas al referirnos a esas 83.243 hectáreas cuyos dueños han dejado de labrar, en muchos casos con la idea de convertir su superficie en suelo urbanizable, que en esto de la especulación, las urbanizaciones imaginarias (y no imaginarias) todo madrileño mantiene los ojos abiertos como platos. ¡Que trabajen ellos! Eso de que la tierra dé, sin que nadie tenga que molestar sus riñones o mover su tractor (hay un censo provincial de unos 5.000) es algo que al temperamento hispano nunca cayó mal.

Para que su idea sea de lo más completa posible, ha de saber que en las estadísticas apenas figuran burros, que las cabras no llegan a treinta y cinco mil, aunque haya por ahí mucho mal pensado; las ovejas a trescientas mil, los bovinos a los 67.000 y los equinos matriculados unos 13.000. En melón, ajo, espárrago y puerro Madrid figura entre las provincias con mayor producción: 28.000 kilos de espárrago, 200.000 de fresa y 49 millones de kilos de me-

● Con el trigo que produce Madrid —siete millones y medio de quintales al año— puede abastecerse la capital durante medio año

● El vino, otra de las grandes producciones de la provincia: 25 millones de arrobas

lones. En azúcar, a partir de la remolacha, se producen sus tres mil toneladas. Total: que, en términos generales, la provincia se siente incapaz de nutrir al monstruo capitalino que todo se lo engulle. Lo que no puedo decirles es qué va a ocurrir si, como los entendidos amenazan, para el año 2000 Madrid cuenta con ocho millones de habitantes.

De problemas, el campo madrileño, y las gentes que de él dependen, los tienen casi todos. La cercanía a la capital hace que toda la provincia, y aun muchas zonas de otras circundantes, estén incluidas en la que vamos a llamar «bolsa de la carestía». Es decir: el elevado costo de la vida en la gran urbe incide, desastrosamente, en la economía campesina, de renta netamente inferior. Entonces ocurre que el campesino decide abandonar su antiguo quehacer y marcha a buscarse un lugar bajo el sol en la ciudad. De otra parte se da una falta de estímulos agrarios, de forma que la desgana cunde y la explotación de la tierra madrileña, cuya propiedad está muy minifundiada, decae también por esta causa ante la escasa rentabilidad y los muchos esfuerzos que se hacen necesarios.

60.000

MADRILEÑOS VIVEN DEL CAMPO

La especulación del suelo y la demanda de suelo urbanizable a una pru-



dencial distancia, donde el madrileño capitalino pueda instalar su segunda casa, pues, también hace sus estragos.

De forma que puede llegar un día en que esos pueblos, hoy ya bastantes, donde la población está compuesta por personas ancianas, desaparezcan, mientras continúan potenciándose los núcleos urbanos ya existentes, y los cerca de sesenta mil madrileños que hoy viven de la agricultura (grande, pequeña y mediana empresa, más los casi diez mil asalariados agrícolas) abandonen, engrosando las filas de otros oficios. Acaso una de las soluciones posibles estuviese en la permisión de la venta directa del producto por los agricultores. Resultan incomprensibles las dificultades que los campesinos madrileños encuentran para la comercialización de sus productos, cuando, alcance de la mano se halla una gran ciudad, con la gran demanda que representa.

Así ocurre lo que ocurre: aunque el labrador madrileño regalase el trigo a sus paisanos capitalinos, éstos habrían de pagar (debido al transporte, elaboración, intermediarios) a catorce pesetas el kilo de pan.

A propósito de la situación del campo de Madrid, el presidente de la Cámara Oficial Sindical Agraria, señor García Moreno, explica:

—Los problemas del campo de Madrid son, en realidad, los mismos que tiene hoy todo el campo de España, porque las causas que los producen son exactamente las mismas: deficiente comercialización de los productos agrícolas; falta de rentabilidad de las explotaciones, por la escasa cobertura de los

precios en origen, y por el creciente y espectacular desarrollo de los costos de los factores de producción, así como por la falta de cuantía necesaria de crédito, barato, para hacer frente a las grandes inversiones que es necesario realizar para llevar a cabo la transformación en una agricultura moderna y competitiva. En cuanto a mecanización creo que lo está suficientemente e incluso me atrevo a decir que un buen número de máquinas, como por ejemplo los tractores, lo está con exceso, por ese afán individualista de mantener una maquinaria propia, en muchos casos para la explotación de superficies mínimas que, forzosamente, ha de resultar antieconómico. Es preferible, y más barato, el uso en régimen de alquiler.

EL CAMPO, CENICIENTA DE ESPAÑA

Pero el agricultor ha sido siempre un oficio hereditario. El problema está, entonces, en saber si a las generaciones jóvenes les atrae la agricultura. Porque lo que está claro es que alguien ha de continuar la actividad, y estas son las palabras del señor García Moreno:

—Sinceramente, en las condiciones que el campo se halla y de la forma en que viene siendo tratado, no. Esta juventud no encuentra, en estos momentos, ningún atractivo en este medio y mucho menos el ofrecimiento de un

futuro claro y esperanzador para sus legítimas aspiraciones. Otra cosa sería si el campo, tanto social como económicamente, tuviera distintas consideraciones de las que hasta ahora ha tenido. Si queremos, y es absolutamente necesario, que exista una juventud dispuesta a embarcarse en la difícil y complicada empresa agraria, capaz de borrar el mal recuerdo que tienen de sus mayores, tenemos que ofrecerles la ilusión de un futuro cierto. Si se dotara a los pueblos de una vida digna (Madrid cuenta con 176 municipios, de los cuales no alcanzan la treintena los que cuentan con más de cinco mil habitantes, incluida la capital), no digo que fuera a cortar totalmente la emigración, porque esa constante es ya irreversible debido a la propia transformación que ha sufrido la forma de vida, pero sería frenada en parte hasta buscar el equilibrio deseable.

Y otra vez el caballo de batalla de si el Gobierno ha prestado todo el apoyo que debiera al campo o lo ha convertido en la Cenicienta de España:

—Nada tenemos que oponer al espectacular despegue de la industria y los servicios, pero tenemos que lamentarnos, de la manera más enérgica, de que nuestros Gobiernos no hayan tomado plena conciencia de la verdadera y deficiente situación en que se encuentra nuestro agro, no ya como justa compensación al esfuerzo y sacrificios realizados, sino siquiera como medida inteligente para que no desaparezca por agotamiento y abandono esta fuente de riqueza.

Luego está el problema de los inter-

mediarios y el de la valoración de los productos agrarios:

—El honesto y buen intermediario es difícil de sustituir, ya que, a mi juicio, es una figura comercial que cumple una delicada y necesaria misión en el último eslabón de la cadena. Otra cosa es que el agricultor se mentalice y deba, por todos los medios, a través de sus organizaciones, seguir a sus productos hasta alcanzar el mayor precio final posible. En cuanto a la valoración de los productos agrarios, creo que aquí radica el malestar del campo, ya que el precio que el agricultor y el ganadero perciben por sus productos, hacen imposible una aceptable rentabilidad de sus explotaciones, y no solo por la tacañería de la Administración al fijar los precios de grantía, donde lo hace, sino que al fijarlos no se tiene para nada en cuenta el fabuloso aumento de los costos de los factores de producción que experimentan en el transcurso del año agrícola a que corresponden. Es necesario que junto al precio inicial se establezca un índice corrector.

Hoy, más que nunca, se hace preciso volver los ojos al agricultor. Nunca debió ocurrir lo contrario, incluso en Madrid; que Madrid, aunque a primera vista pueda parecer otra cosa también es campo.

● Los pepinillos, que se exportan a Inglaterra, una de las grandes producciones de la provincia

RESTAURANTE COQUE

HUMANES DE MADRID
FRANCISCO ENCINAS, 8
TELEFONO 690 14 64

ESPECIALIDADES:

*Chuletas de lechal
al «guisopo»
Chuletón
de ternera
Típico cochinito
asado
del Restaurante
«Coque»
Mariscos del día*

RESTAURANTE COQUE



CHINCHÓN

LA MEJOR SEMANA SANTA DE LA PROVINCIA

La Muy Noble y Muy Leal ciudad de Chinchón, la de los altos cerros y cuevas pinas, la villa mesonera y castellana, cargada de historia en sus blancas piedras, en sus recoletas callecitas, en las balconadas de su plaza única, anda estos días de cuaresma de ensayos y afaenada en preparativos para el más grande drama de todos los tiempos: la Pasión y Muerte de Cristo.

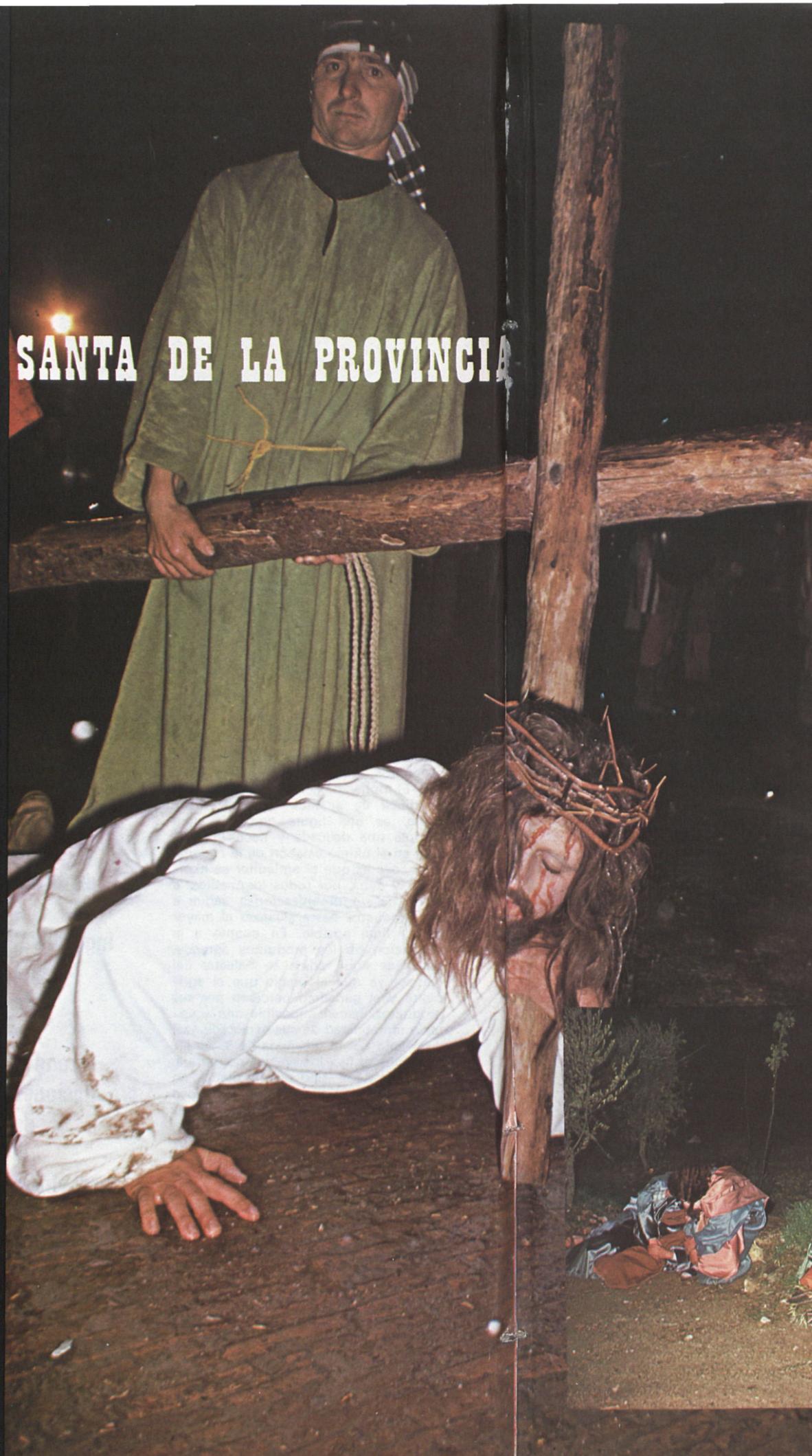
Poco falta ya para el gran día: el sábado de Semana Santa. Y los hombres de Chinchón, la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Chinchón, castellanos de pura cepa, austeros y sensibles a la vez, pues para eso son hombres de tierra dura de secano, y a la vez, de fresca y lozana vega en su entorno, saben muy bien que su pasión, la pasión de Chinchón, es algo también único, como única es su recoleta y balconada plaza; como únicos son —salvando distancias— sus anisados sus ajos, sus viñas, sus huertos, su delicioso, austero e histórico pueblo, que se encarama hacia lo alto, para asentarse también sobre tres colinas...

¿Dónde encontrar unos escenarios tan naturales como éste que acabamos de describir, con tal paralelismo a los sagrados lugares, como para llevar a cabo una sobria pasión castellana?

Esto mismo fue lo que se preguntó un curita vasco, don Luis de Lezama, allá por los comienzos de la década del 60, cuando cierto día arribó por estos lares castellanos de Chinchón, cargado de ilusiones apostólicas, así como de otras «divinas locuras», como la de ayudar y promocionar a los «chulillos» o maletillas que se arracimaban al sol de la plaza de Chinchón, buscando «una oportunidad», llegados de los más diversos puntos de España, siempre al calor de los festivales taurinos de la famosa y original plaza chinchonera.

Pero si el curita de nuestra historia no anduvo sobrado de éxitos en lo de promocionar «chulillos» hacia la fama —salvo alguna excepción, como la del Bormujano—, el éxito y el acierto sí le sonrió, por el contrario —al fin y al cabo es más lo suyo, como sacerdote—, en lo de crear, imaginar y llevar a cabo esta sencilla, espontánea, sobria y maravillosa pasión castellana de Chinchón.

Y así fue como allá por el año 1963, después de escribir su guión, inspirado en los añejos Autos Sacramentales, fue realizada por primera vez en estos escenarios naturales de Chinchón la Pasión y Muerte de Cristo, y lo que, en principio, empezó siendo un drama religioso, más tarde habría de impregnarse de ciertos matices culturales, para terminar incluso como foco de atracción turística.



¿Y por qué no habría de ser así?, si como dice Santa Teresa, Dios anda también «entre los pucheros», ¿por qué no habría de andar Dios también entre la cultura y el turismo?, aunque se trate de la misma Pasión de Cristo?

Pero sigamos con nuestra historia, historia que me va contando don Moisés Gualda, cura párroco de Chinchón, hoy «alma mater» de esta pasión, continuador de la obra iniciada por don Luis de Lezama, historia, repito, que

me va relatando mientras paseamos a caballo de una de estas altas colinas, donde las piedras blancas, a veces ruinosas del castillo, iglesia y casas nobles del pueblo hablan también, por sí solas, de artistas, hidalgos, poetas, músicos, héroes... Aquel cura joven se encontró aquí con el marco adecuado para la acción real de la pasión: no había necesidad de tramoyas ni bambalinas para la decoración. Todo estaba hecho de un modo natural y espontáneo. Y así fue

200 ACTORES PROCEDENTES DE TODAS LAS CLASES SOCIALES REPRESENTAN LA PASION

